

## LA ORQUESTA, DIEZ AÑOS DESPUÉS

**S**e conmemora este año de 2003 la muerte de Jesús de Monasterio y se viene haciendo con evidente falta de ambición aunque muchas veces con gran afectividad, lo que nunca sobra. Es sabido, al menos por quienes deben saberlo, que Monasterio fue un extraordinario violinista, un virtuoso ejemplar y un músico de pensamiento elevado para quien el arte en toda su honra estaba muy por encima de la exhibición técnica por portentosa que fuera.

Pero Jesús de Monasterio significa en el contexto de nuestro suceder musical culto algo más importante; creó entre nosotros la música de cámara como hábito y exigencia e instituyó igualmente como hábito y magisterio, nuestra vida sinfónica. Tan decisivas empresas, para las que contó a su lado con el saber y el voluntarismo de Francisco Asenjo Barbieri, datan, respectivamente, de 1863 y 1866 y se prolongaron, con fuerza de continuidad, hasta las puertas del siglo XX. Todo nuestro sinfonismo, pues, y cuanto de importante hubo en música de cámara, tienen en la figura de Monasterio primer mentor y adelantado. Profesor en la Capilla Real y en el conservatorio madrileño, sus enseñanzas sobrepasaron el cultivo del instrumento pues para Monasterio incluso la categoría de solista mejor dotado y formado dependía, inexcusablemente, de la práctica consciente de las formas de cámara y las orquestales.

Vale como muestra un botón insigne: el juicio de Pablo Casals, cuando afirma: "Fue el más grande maestro que pude tener. El inolvidable maestro sabía despertar la devoción en razón de que su arte y su enseñanza estaban guiados por un ideal de nobleza y de grandeza. Por otra parte, en la clase de Monasterio, me había penetrado de un sentimiento de autodisciplina y de devoción musical que me parecía incomparable..." Otro tanto encontraremos en los escritos de Enrique Fernández Arbós (Madrid, 1863-San Sebastián, 1939) fundador de la Orquesta Sinfónica de la capital española y su titular durante casi cuatro décadas, en las crónicas y artículos musicales del gran novelista Pérez Galdós o en la tajante aseveración de Emilio Castelar, cuarto y último presidente de la Primera República (1873-1874): "la de Monasterio al frente de la orquesta es la única autoridad constantemente respetada que conozco en España".

Ante el hecho de la Orquesta de la Escuela Superior de Música Reina Sofía y al hilo de su undécimo año de existencia artística, pedagógica y social, asalta mi pensamiento el ejemplo de quién y cómo fue y actuó Jesús de Monasterio, de tan larga estela; constato una realidad fehaciente, la de nuestra orquesta en

marcha –quiero decir que de sus primeros pasos hasta hoy ha crecido y tiene ante sí un futuro de gran instrumento sinfónico– mientras los grupos de cámara se multiplican y permanecen al calor del empeño de Paloma O'Shea –tan empeinado y exigente como el del histórico maestro cántabro–. Entonces se me antoja que no cabe mayor homenaje a Monasterio que el de tal continuidad. Y si es cierto que por su misma naturaleza, la orquesta está obligada a muchas modificaciones en su plantilla, no es menos verdad admirable la permanencia del estilo y el pensamiento que lo mueve.

Si casi desde su creación, la Sociedad de Conciertos tuvo en su cabecera como directores invitados a Hermann Leví, Zumpe, Lamoureux, Muck o Richard Strauss y la casi permanencia de Luigi Mancinelli, la joven orquesta de la Escuela Reina Sofía contó con la asesoría y colaboración de Rostropovich –tan admirador de Casals–, Menuhin, Mehta, Maazel, el recientemente perdido Luciano Berio, Leon Flisher, Péter Csaba, James Judd, Vasary, Entremont, Valdés y los españoles internacionales, Frühbeck de Burgos, Ros-Marbà, López Cobos o Victor Pablo, además del cuidado constante del titular García Asensio, director y violinista como Monasterio y Arbós.

Lo fundamental es la permanencia del espíritu, pues tal anotaba Wilhelm Furtwaengler "la grandeza se encuentra en el alma" no hacía sino recoger la idea de Schumann; "iluminar lo más profundo del corazón humano, he aquí el deber del artista". Todavía merece la pena evocar las palabras de Richard Strauss no exentas de ironía: "en lugar de dirigir con el brazo, es preferible hacerlo con el oído, lo demás vendrá por sí solo".

El gran secreto: no escucharse a sí mismo en su condición de solista sino oír con perfección y detallismo a los demás, lo que se alcanza desde la doble exigencia de actuar en grupo de cámara y la más compleja de tocar en orquesta, siempre que ésta se produzca, como ente colectivo con el rigor y selectividad de solista. Todavía podríamos subrayar, y hacerlo con fuerza, otra línea de unión con el pretérito: el favor y la asistencia de las reinas Isabel II y María Cristina o de un personaje real como la Infanta Isabel de Borbón, hoy la Orquesta y la Escuela, sus trabajos y días cuenta con el apoyo y la presidencia honorífica y activa de Su Majestad la Reina Doña Sofía concitadora de adhesiones y mecenazgos de todo género: institucionales, privados y personales. Que promover música o cultura roce la significación de un asunto de Estado no quiere decir que no lo sea de la Sociedad en su conjunto.

**ENRIQUE FRANCO**

VICEPRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN ALBÉNIZ